

César Vallejo, poeta de hogar y de fogón

César Vallejo, the poet of home and hearth

Mara L. García*

Resumen

El presente artículo se centra en la casa de la infancia y la madre en la obra de César Abraham Vallejo Mendoza. Para el autor de *Trilce*, el hogar fue un espacio íntimo que evocó en su obra y el vate va a cantar constantemente a la vivienda. La casa natal es irremplazable y representa para él su espacio añorado y, aunque se encuentre lejos, lo recrea a menudo. Esta brinda paz, calor humano, afecto, y Vallejo está muy adherido a ella. En su poesía se encuentran ejes esenciales que forman parte del mundo cotidiano de su obra: a) la casa de la infancia y b) la madre como eje central del hogar, elementos sustanciales para entender el hogar natal como microcosmos del fogón global.

Palabras clave: César Vallejo, espacios domésticos, madre, casa de la infancia, *domus*

Abstract

This article focuses on the childhood home and mother in the work of the Peruvian poet César Abraham Vallejo Mendoza. For the author of *Trilce*, home was an intimate space that the poet evoked in his work and would constantly sing to housing. The childhood home is irreplaceable, and for him it represents the nostalgic space which even if he is away, he often recreates it. This brings peace, human warmth, affection and Vallejo is much attached to it. In Vallejo, there are essential priorities, which are included in the everyday world of his work: a) The childhood home, and b) the mother as the core of that home. They are substantial elements for understanding the homeland as a microcosm of the global hearth.

Keywords: César Vallejo; domestic spaces; mother; childhood home; *domus*

* Brigham Young University, EE.UU

Correo: mara_garcia@byu.edu

Porque el fogón convoca, como la muerte disuelve, desarticula y despilfarra. Porque fogón es llamado para luchar y hacerle frente a las adversidades. El fogón es ruedo, conversación, círculo donde todos nos volvemos hermanos. (Danilo Sánchez Lihón)

(...) cuando doña María de los Santos amasaba el pan en su casa para su familia, costumbre santiaguina, Cesítar ayudaba a su madre a atizar el fuego del horno y disfrutaba llevándose algunos panecillos para esconderlos bajo su almohada. (Espejo Asturrizaga)

Introducción

En la obra del poeta peruano César Vallejo (1892-1938), se aluden aspectos como: el amor por el hogar y el mundo de la familia que son claves para entender la adhesión de Vallejo a la casa y a la familia universal. El fuego, elemento indispensable en el fogón, “viene del latín *focus* que se refería al sitio donde se prendía la lumbre para cocinar y calentar la vivienda”. Desde épocas prehistóricas el fuego es un símbolo de poder y unión. Según Elena Reyes Barreto, mujer santiaguina: “el fogón donde se cocinan los alimentos andinos, representa el munay, el cariño, que tiene una madre, una mujer que transmite con su energía el amor y la vida que genera”. (Sánchez Lihón, 2014)

En el poema “El pan nuestro” el sujeto lírico vallejiano expresa un amor resolutivo y comprometido con su prójimo cuando dice: “tocar todas las puertas,/ y suplicar a no sé quién, perdón,/ y hacerle pedacitos de pan fresco/ aquí, en el horno de mi corazón...!” (Vallejo, 1988, p.48)

El amor de Vallejo no se limita a su entorno familiar, sino que trasciende absolutamente a todos los seres humanos. Vallejo implora por la fraternidad y el amor universal que solo se cuece en un fogón de afecto: “Y como tal [el fogón] en su esencia es esperanza y coraje (Alvarado, 2014)”.

Críticos como Roberto Paoli, Alberto Escobar, Zoilo León Ordoñez han explorado el espacio cotidiano y el entorno hogareño en la obra de César Vallejo. Jorge Basadre (2003) en su artículo “Un poeta peruano”, anota que: “Hay en Vallejo no solo un gran poeta localista, sino también un gran poeta del hogar” Danilo Sánchez Lihón manifiesta que César Vallejo “hunde su raíz, temple su arpa y pule su quena para entonar la endecha o el madrigal de la casa familiar (...) A lo largo de toda su trayectoria [la poesía de Vallejo] tiene resonancias de huerto, de aldea, de patio interior, y hasta de cocina y fogón que humea y abriga”. (2014, p.32)

Sánchez Lihón le ha dado a Vallejo el calificativo de “poeta de hogar, de familia y de fogón” (17). El fogón es muy simbólico del espacio andino y se relaciona con el hogar, el alimento y el calor humano. El fogón es el espacio donde todos los seres humanos nos unimos y nos volvemos más solidarios y fraternos. Por eso Vallejo exclamó en “Telúrica y magnética”: “¡Sierra de mi Perú, Perú del mundo,/ y Perú al pie del orbe; yo me adhiero!” (255), porque en el fogón absoluto prevalece el amor y la fe donde la angustia se vuelve esperanza, lo oscuro se ilumina. Este nos une, nos abriga y nos fortalece ante los desafíos; enseñándonos a entregar algo de nosotros mismos.

El escenario, en gran parte de la obra vallejana, es el espacio familiar en donde se exploran vivencias importantes que el poeta tuvo como niño y adolescente. El autor de *Tierra natal* subraya: “volvemos porque nos hemos quedado eternamente subyugados por el aroma antiguo de nuestra casa soñada en el amanecer de un día propicio” (Sánchez Lihón, 2014, p.7). Para este escritor, el hogar insustituible de Vallejo, “es su casa materna o paterna, es su horno nativo”. Su morada, “es donde el vate universal fue oriundo, hijo y vástago” (p.33)

Aunque la memoria no puede ser exacta, Vallejo rescata lo esencial porque: “aquello que ha resistido al olvido, lo que ha perdurado, es siempre lo más importante” (Carli, 2011). James Higgins anota: que: “[En Vallejo] el hogar provinciano es el escenario de una infancia inocente y segura donde la madre desempeña un papel análogo al de Dios” (1988, p.48). Efectivamente, la madre del poeta es la réplica de la bondad y del amor celestial que se anida en la madre andina.

El hogar fue para él un espacio íntimo que evocó en su obra y va a cantar constantemente a la vivienda con la calidez del fogón, y a su familia, alimento físico y espiritual; fusionándolo con su terruño amado y su gente pueblerina. La casa de la infancia es irremplazable y representa para Vallejo su espacio añorado y, aunque se encuentre lejos, lo recrea a menudo. “Porque la casa es nuestro rincón del mundo. Es –se ha dicho con frecuencia– nuestro primer universo Es realmente un cosmos” (Bachelard, 2000, p.34). La casa de la infancia es inolvidable, nos brinda paz, calor humano, afecto y estamos adheridos a ella: “La casa natal es más que un cuerpo de vivienda, es un cuerpo de sueño. (Ibíd., p.46)

En Vallejo se encuentran ejes esenciales que forman parte del mundo cotidiano de su obra: a- La casa de la infancia y b- la madre como eje central del hogar son elementos sustanciales para entender el hogar natal como microcosmos del fogón global.

a) La casa de la infancia

Yo digo madre mía, y pienso en ti. ¡Oh Casa! Casa de los bellos y oscuros estíos de mi infancia. (Melancolie, citado por Bachelard, 2000)

El espacio físico de la casa toma un papel importante en la obra de César Vallejo. La casa es el refugio, el fogón que le inspira y en donde Vallejo eleva a un nivel poético las cosas más sencillas de la vivienda como: la puerta, la aldaba, el huerto, el fogón, el poyo, el alimento. Las experiencias íntimas que plasma en su obra, se relacionan con la casa de la niñez donde esta es “una gran cuna” (Bachelard, 2000, p.37). Vallejo adulto recordará en “Alféizar” la casa natal de la infancia en unión familiar con sus hermanos a la hora de impartirse el alimento nutricional:

[...] este pan aún tibio sobre el breve y arrollado mantel de damasco, todo ese aroma matinal y doméstico me recuerda mi paterna casa, mi niñez santiaguina, aquellos desayunos de ocho y diez hermanos de mayor a menor, como los carrizos de una antara, entre ellos yo, el último de todos, parado junto a la mesa del comedor, engomado y chorreando el cabello que acababa de peinar a la fuerza una de las hermanitas; en la izquierda mano un bizcocho entero ¡había de ser

entero! y con la derecha de rosadas falangitas, hurtando a escondidas el azúcar de granito en granito...

¡Ay!, el pequeño que así tomaba el azúcar a la buena madre, quien, luego de sorprenderle, se ponía a acariciarle, alisándole los repulgados golfos frontales:

–Pobrecito mi hijo. Algún día acaso no tendrá a quién hurtarle azúcar, cuando él sea grande, y haya muerto su madre.

Y acababa el primer yantar del día, con dos ardientes lágrimas de madre, que empapaban mis trenzas nazarenas. (Vallejo, 1988, pp. 83-84)

Vallejo además de plasmar en sus escritos su hogar, cantera de yantar físico y espiritual que llevará siempre en su corazón, también estuvo muy arraigado a su tierra andina. Izquierdo (1972) refiere que el Dr. Heli Uceda, que radicaba en París, se encontró con Vallejo y le preguntó:

¿No quisieras estar, en este momento, en nuestra tierra en Santiago comiendo un picante de “gallo zozzo” y bebiendo una buena chicha de jora?

Doctor por favor, no recuerde esas cosas –le contestó Vallejo con recóndita tristeza. (pp.61-62)

En “Más allá de la vida y la muerte” se produce el encuentro con la casa de la infancia que le evoca memorias de la niñez. El paseo por la morada del narrador con su hermano Ángel, es una rememoración de escenas familiares muy conectadas con la madre que sustenta el cuerpo y el alma, representado por el pan en la despensa.

Aunque la madre está muerta, el solo contacto con la vivienda le transporta a épocas pretéritas. León Ordóñez destaca que: “uno de los espacios de la casa más amorosamente evocados por Vallejo es la despensa” (1981, p.22). Este estudioso, al igual que Danilo Sánchez Lihón, evalúa la casa, el lar materno y su muro nativo respectivamente destacando elementos importantes como las puertas, el sillón, la sala, el patio, el establo, la huerta, la mesa, el polvo que cubre los muebles, etc.

Considero estos elementos del hogar/ fogón de la familia nuclear como sinécdoque del hogar/ fogón mundial. La casa de la infancia no se olvida y se recrea en Vallejo haciendo un empalme con la familia amada de la niñez que trasciende a la casa-fogón universal de la humanidad.

Vallejo registra en sus poemas versos que exhiben lo doméstico y lo cotidiano: “Me esperará el patio, el corredor de abajo/ con sus tondos y repulgos de fiesta” (*Trilce* “LXV”) o en *Trilce* “LII”: “¡ah golfillos en rama! madrugarían a jugar a las cometas azulinas, azulantes”. “En un sillón antiguo sentado está mi padre/ Como una Dolorosa, entra y sale mi madre” (“Encajes de fiebre”) El vate universal inmortaliza los ámbitos habituales que recorrió y la experiencia de los juegos infantiles en los cuales participó en su casa maternal; al mismo tiempo que pinta a sus seres queridos muertos para mermar la orfandad del ahora textual.

Danilo Sánchez Lihón (2014) en “Me acuerdo de mí mismo” anota: César Vallejo jugó intensamente en la casa paterna, en el patio, el corredor, en los cuartos; en los terrados de su casa y probablemente de las casas vecinas. (p.47)

La casa de la memoria es la morada de la niñez que nunca se olvida porque ha quedado impregnada en lo más profundo de nuestro ser. Esta es el primer espacio donde están grabados los juegos, los arrullos de los padres, la voz de la madre y de los hermanos, y las huellas de los que la habitaron o transitaron sus ambientes. Es la casa donde reina el equilibrio y la ternura, a pesar de los instantes dificultosos que en ocasiones empañan la felicidad. Esta primera residencia es la que se lleva en el corazón, se revisa con el alma y se le abraza con amor al encontrarla porque “la casa natal está físicamente inscrita en nosotros” (Bachelard, 2000, p.45). “Me esperará mi sillón ayo, / aquel buen quijarudo trasto de dinástico cuero” (Vallejo, 1988, p.184). En “Mayo” evocará “el humo doméstico de la cocina” y agrega: “Hay ciertas ganas lindas de almorzar,/ y beber del arroyo, y chivatear!” (p.38)

En la obra de Vallejo se redime el espacio de la cocina y de la *domus* donde el alimento corporal y emotivo cobra un papel central en el mundo andino. Ambos espacios tienen un

poder balsámico por ser ámbitos en donde se practica e incrementa el amor y el calor humano.

En *Trilce* “III”: “Las personas mayores”, Vallejo también pinta el espacio familiar del corral y la reacción de las gallinas, para introducir el elemento de misterio que ocasiona la presencia de lo sobrenatural en la vivienda. “hacia el silencioso corral, y por donde/ las gallinas que se están acostando todavía,/ se han espantado tanto”. (p.113)

El poyo es un sitio favorito del niño César y de sus hermanos, y lo han adoptado como espacio para el juego. En algunos de sus poemas, Vallejo registra en este ámbito la presencia de sus seres queridos ya fallecidos estableciéndose una relación entre el juego, la morada y el más allá. “A mi hermano Miguel”, se abre con el acápite *In Memoriam* para hacer referencia a su hermano muerto, su “corazón gemelo”, y al poyo.

Hermano, hoy estoy en el poyo de la casa,/ donde nos haces una falta sin fondo!/ Me acuerdo que jugábamos esta hora, y que mamá/ nos acariciaba: “Pero, hijos...”(p.71)

El yo poético inicia el poema con el vocablo “hermano” para entablar el contacto con su gemelo espiritual. La referencia al poyo, desde el primer verso es un ícono del hogar santiaguino, la casa maternal, y el espacio de la ternura y el calor de la casa/fogón de la niñez. El poyo además de ser el puente con el tiempo de la niñez, el espacio de meditación y el lugar de la creación literaria; es el sitio donde nació Miguel Ambrosio. El poyo es también es el punto de contacto del hablante lírico con el pasado y el espacio de la niñez. Este lo conecta con las huellas del ayer y la experiencia de la infancia toma un lugar primordial en el presente.

La presencia infaltable de la madre aparece desde la primera estrofa como testigo del juego y como árbitro del mismo. El autor de *Trilce* evoca a la madre muerta llena de ternura que arrulla a los hijos con palabras suaves. La rememoración del espacio familiar tiene como propósito reconstruir el lugar añorado de la casa nativa donde el sujeto jugaba a las escondidas con Miguel. Los juegos que han resistido al olvido y permanecen intactos y “todo lo esencial está conservado”. (Carli, 2011, p.26)

El sujeto poético recuerda los momentos de felicidad y juega con el hermano fenecido, evocando lugares familiares de la casa en Santiago de Chuco como la sala, el zaguán, los corredores por donde corrió Miguel. Para el hablante no hay una presencia física, sin embargo quedan las huellas dejadas por el hermano querido porque: “Una casa –va a decir Vallejo– viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla. Una casa vive únicamente de hombres como una tumba (...) La casa se nutre de la muerte del hombre”. (p.229)

Ahora yo me escondo,/ como antes, todas estas oraciones/ vespertinas, y espero que tú no des conmigo./ Por la sala, el zaguán, los corredores./ Después, te ocultas tú, y yo no doy contigo. (p.71)

El yo lírico siente la partida del hermano y prefiere suplir la ausencia física con el juego de las escondidas, sin embargo la ausencia es mayor cuando asume que no es el juego, sino la realidad, y que la presencia del ánimo de Miguel también ha partido.

Me acuerdo que nos hacíamos llorar,/ hermano, en aquel juego./ Miguel, tú te escondiste/ una noche de agosto, al alborar;/ pero, en vez de ocultarte riendo, estabas triste. (p.71)

En este caso Miguel se oculta triste, corroborando el dolor que experimenta el hablante, la familia y la casa, porque la morada también siente su ausencia al igual que el sujeto poético. El dolor del hoy, se minimiza con el recuerdo y la evocación de momentos felices que transcurrieron en el ayer. Guillermo Rodríguez Rivera expresa: “El yo poético se va desplazando con asoladora intensidad hacia el pasado, hacia su niñez y la de Miguel, que es el sitio donde puede encontrarlo”. (1988, p.216)

En los versos finales la voz evocadora regresa nuevamente a la etapa de la niñez donde se aproxima al hermano con una palabra para implorarlo que no tarde porque puede intranquilizarse la madre. Como la voz poética ha insistido a lo largo del poema sin obtener resultado, al final apela a la figura de la madre, ser unificador del hogar: “no tardes /en salir. ¿Bueno? Puede inquietarse mamá. (p.71)

Vallejo sentía un gran amor por su familia nuclear y por sus cartas se puede entrever como le dolía al poeta estar separado de ellos, aun cuando estuvo fuera del hogar materno en el mismo Perú. En una misiva escrita a su hermano Manuel Natividad Vallejo, el 2 de mayo de 1915, el vate le dice: “cuando la tarde cae otra vez me vuelve el recuerdo dorado de ti, de la familia, de tantas otras cosas dulces. ¡Y me pongo triste, muy triste, hermano mío! Ésta es mi vida.” (p.83)

No hay duda y las cartas son evidencia de esta aseveración: Vallejo tenía siempre presentes a los suyos ya que la casa natal siempre estuvo tallada en la memoria del autor de *Trilce*.

Ese es el ambiente que Vallejo añoró, un espacio sano, lleno de paz y donde aprendió a valorar al desposeído y a amar al prójimo. La poesía de César Vallejo refleja todos sus anhelos y su esencia gira en torno a su familia, a su Santiago de Chuco y a su prójimo ecuménico. Georgette lo supo y no descansó hasta poder conocer la tierra de su esposo y respirar y andar aquellas mismas calles, inhalando la fragancia del pan horneado, el olor a trabajo pero, sobre todo, el aroma del amor de esta gente pueblerina.

b) **La madre eje central del hogar/fogón**

Algunas ideas sobre la madre también exponen Mara L. García (2014) en “Casa y madre nutricia en la obra de César Vallejo”. La progenitora para el poeta es el centro del alimento emocional. El cordón umbilical espiritual nunca se ha roto porque para Vallejo, como lo observa Paoli, en “El hogar en *Trilce*”: “la única vida posible es la familia” (1969, p.217) y recordar la niñez es refugiarse en el regazo de su madrecita y en el amparo de la morada. Doña Santitos y Santiago de Chuco son el nexo espiritual con la niñez. Dice Franz Hellens: “La infancia no es algo que muere en nosotros y se seca cuando ha cumplido su ciclo. No es un recuerdo. Es el más vivo de los tesoros, y sigue enriqueciéndonos a nuestras espaldas (...) Triste quien no puede recordar su infancia”. (Citado por Bachelard, p.206). En el caso de Vallejo, nunca la olvida y la inmortaliza en su obra creativa.

La imagen de la madre está muy conectada con el horno familiar y el sustento. Vallejo no olvidará que en su casa de la infancia había un horno en donde se elaboraba el pan para la familia. Según Higgins (1988), el horno se convierte en emblema de la madre, quien

difundiendo el calor de su afecto, nutría a los hijos emocionalmente al mismo tiempo que daba sustento a sus cuerpos (Vallejo, 1988, p.233). En su poema titular “Los heraldos negros”, hace referencia a este horno cuando escribe: “Esos golpes sangrientos son las crepitaciones/De algún pan que en la puerta del horno se nos quema”. (1988, p.3)

El pan, esencial alimento físico y espiritual no alimenta sino que se quema en la puerta del horno dando una imagen del maná descompuesto que proyecta desesperanza. En la obra vallejana dos de los motivos frecuentes en su poesía son la madre, mujer que atiza el fogón familiar, y la comida. En *Trilce* “XXIII” el sujeto lírico recordará a la madre como la “Tahona estuosa de aquellos mis biscochos/ pura yema infantil innumerable, madre” (1988, p.133). La cocina le rememora etapas de la niñez de la casa materna con el calor del fuego y el cariño de la madre.

La cocina está a oscuras en *Trilce* “XXVIII”, “Cuando y se ha quebrado el propio hogar”. En la poesía de Vallejo hay muchas referencias al alimento, utensilios y espacios conectados a este y el ámbito de la cocina para resaltar el hogar feliz de antaño o el hogar triste por la ausencia de la progenitora. Asimismo, la comida o íconos de esta aparecen en torno a la solidaridad y a la fraternidad humana. En el poema “III” de *España, aparta de mí este cáliz*, leemos:

En la chaqueta una cuchara muerta./ Pedro también solía comer/ entre las criaturas de su carne, asear, pintar/ la mesa y vivir dulcemente/ en representación de todo el mundo./ Y esta cuchara anduvo en su chaqueta,/ despierto o bien cuando dormía, siempre,/ cuchara muerta viva, ella y sus símbolos./ ¡Abisa a todos compañeros pronto!/ ¡Viban los compañeros al pie de esta cuchara para siempre! (p.365)

La cuchara en Pedro Rojas además de simbolizar el sufrimiento del campo de concentración de Miranda de Ebro durante la Guerra Civil en España, es un elemento hogareño y, como lo anota Paoli: “símbolo de la cena comunal familiar”, del comer que une el recuerdo de la madre y del hogar nativo con el dolor del afín. Vallejo se solidariza con el dolor del hermano, del compañero y se adjudica el pesar de la humanidad en su propio dolor. La cuchara es su adhesión con España, que encarna su fidelidad con su Santiago de Chuco, el Perú y el universo mismo. El cacillo está conectado con el

desposeído que sufre hambre física y emocionalmente. “Este utensilio es un elemento que solidariza o evoca sufrimiento. Pedro Rojas se hace cuchara con que servir la comida a la humanidad hambrienta” (Paoli, 1969, p.365)

En *Trilce* “LVIII”, el compañero de prisión “comía el trigo/ de las lomas, con mi propia cuchara,/ cuando, a la mesa de mis padres, niño,/ me quedaba dormido masticando”. (p.175)

La comida es fundamental en la cohesión del hogar y la familia en César Vallejo, y la madre aparece con persistencia como un elemento relevante clave, es una pieza imprescindible al tener en cuenta que el autor de *Poemas humanos* es un poeta de horno y de familia. Ella representa sabiduría, abrigo, abnegación, y consuelo para el hablante lírico vallejiano y para el género humano. No hay duda que su madre, Doña María de los Santos Mendoza Gurrionero, ha tenido una influencia capital que marcó decididamente la vida y obra del poeta de los andes peruanos.

La madre representa para Vallejo una fuerza mística y será la que el poeta nombrará incesantemente en su poesía, especialmente después que ella fallece el 8 de agosto de 1918. Doña María de los Santos es la fortaleza y el bálsamo que inyecta la energía al hablante lírico. Testigos de la agonía de Vallejo atestiguan que éste en su lecho de muerte reclamó a su madre. “La mujer de Oyarzun, que pasó toda la noche junto a su cabecera, cuenta que a las cinco de la mañana Vallejo llamó a su madre y media hora antes de morir dijo: “España...Me voy a España”(Quispe, 1999, p.11), para solidarizarse con la madre patria que había sido fragmentada por las tropas franquistas.

La morada de Vallejo siempre será Santiago de Chuco, junto al seno materno que ha quedado perdurable en sus versos y su narrativa. La madre, “la tahona estuosa” y “llavera amorosa” es la raíz nutricia del hogar y, en algunas ocasiones, aparece sencilla y pueblerina vista como protectora preocupada por los hijos, el esposo y el bienestar del horno familiar. En los *Heraldos negros*, la madre es un refugio espiritual donde el hablante expresa la emoción que le produce la naturaleza. La madre es la compañera idónea del padre como se describe en “Enereida”, mujer preocupada por el marido y por los hijos. Ella acaricia a sus

retoños y se inquieta cuando no los tiene a su alcance. Otras veces la vemos en contacto con el espacio verde caminando y meditando entre las plantas de su vergel. La madre de Vallejo nunca deserta, ella está comprometida con, los hijos y su hogar.

A partir de la muerte física de la madre, Vallejo le dará más protagonismo y relevancia en su poesía. Ella simboliza el sostén físico y espiritual de la casa nativa y de la humanidad porque la mamá del sujeto lírico es la leche nutricia que amamanta a sus hijos y a los necesitados. Ella es la “Dolorosa”, “Lavandera del alma”, el hálito de la familia que el yo de Vallejo relaciona con una panadería o un molino de harina. La madre es sinónimo de alimento tangible y yantar místico.

La dama sagrada está conectada con el pan que sustenta y nutre al hogar andino y al fogón universal: “el pan, que es lo que define casi lo que es un hogar, [...] está vinculado al hecho de amasar que en Santiago de Chuco es un rito ineludible, y al horno y con ello al origen de la creación del mundo”. (Sánchez Lihón, 2014)

Por otro lado, la ausencia física de la figura maternal produce soledad y desamparo en el hablante vallejiano quien añora su presencia y alimento afectivo: “Madre dijo que no demoraría”, “Madre me voy mañana a Santiago”. Vallejo logra inmortalizar y mantener la pervivencia de la casa familiar de la infancia y de la madre en su poesía porque hay una relación estrecha entre la madre y el hogar, “la casa es la nodriza” y Vallejo está arraigado al hogar inicial y por eso vuelve, espiritualmente, a ese rincón que representó para él, el amor absoluto.

La madre para Vallejo es sinónimo de ternura y afecto. Ella es el eje del hogar y además representa a la madre eterna y universal. Según la óptica de Paoli: “La única mujer del universo poético es la madre; las demás son solo duplicados” (p.218). La mamá de Vallejo, es el sedimento y la esencia, es la madre espiritual de todos los individuos y ella los recibe en su regazo como lo hace con el propio hijo. La imagen materna forma una parte esencial en la obra vallejana y ésta ocupa un papel primordial en Vallejo niño, joven o adulto.

La madre no solo es la proveedora del alimento que nutre el cuerpo sino también el espíritu. En *Trilce* “XXIII” leemos: “En la sala de arriba nos repartías/de mañana, de tarde de dual estiba,/ aquellas ricas hostias de tiempo, ...”. (p.133)

El sacramento de la eucaristía se provee en la casa no por un sacerdote sino por la madre. Ella, con su sapiencia divina, es la sacerdotisa poseedora del conocimiento espiritual y la matriarca de la casa-santuario que comparte las vitaminas que fortalecen el espíritu de sus vástagos.

En *Trilce* “LII”, la presencia de la madre causa felicidad en el yo de Vallejo y destaca la alegría de ella y cómo esta les amonestaba con dulzura. “Y nos levantaremos cuando se nos dé/ la gana, aunque mamá toda claror/ nos despierte con cantora/ y linda cólera materna” (p.168). Estos versos están muy adheridos al alimento afectivo que reciben de la “dulcera de amor” cada mañana al levantarse antes de recibir el nutriente físico a la hora del desayuno. Danilo Sánchez (2014) anota que la madre tiene mucha relevancia en el espacio serrano:

Y madre es, además de un ser biológico, nuestra tierra, la casa, nuestro sitio en la mesa y en el fogón familiar a la hora del yantar. Mundo con madre es el universo andino. Y que es lo que nos hace regresar desde muy lejos a nuestros pueblos de origen y a la patria idolatrada de nuestra infancia.

La madre es la que transmite la energía a la casa, atrayendo lo positivo y lo celestial a la morada. Ella es la esencia del hogar y de la poesía de César Vallejo. Es por eso que para el abrazo de madre e hijo, el yo de Vallejo regresa siempre a la casa de origen.

En el poema *Trilce* “LXV”:

Madre, me voy mañana a Santiago,/ a mojarme en tu bendición y en tu llanto./ Acomodando estoy mis desengaños y el rosado/ de llaga de mis falsos trajines.// Me esperará tu arco de asombro,/ las tonsuradas columnas de tus ansias/ que se acaban la vida. Me esperará el patio,/ el corredor de abajo con sus tondos y repulgos/ de fiesta. Me esperará mi sillón ayo... (p. 184)

Cuando Vallejo escribe este poema, doña María de los Santos ya había fallecido, sin embargo, la incluye en su poesía y en otros escritos como si estuviera con vida: “muerta inmortal”. Vallejo no se resigna a que la madre esté muerta y necesita de su bendición espiritual y su afecto que le dan fortaleza y la menciona como si perteneciera al mundo de los vivos. Por eso cada elemento del sitio hogareño evocado le recuerda a la madre y a su niñez, donde la ternura y el amor que recibió de su familia nuclear han dejado marcas imborrables. En una misiva que dirige César Vallejo a su hermano Manuel Natividad le expresa:

Han pasado 114 días desde el inolvidable 8 de agosto; y para siempre vivo en la fe de Dios y estoy seguro de que mamacita está viva, allá en nuestra casita, y que mañana o algún día que yo llegue, me esperará con los brazos abiertos, llorando mares. Sí... Yo no puedo aceptar que la haya llevado Dios tan temprano... ¡Oh Manuelito mío, hermano queridísimo!
(Sánchez, s.f)

Para Vallejo la madre es un ser universal que abraza a todos los hijos del mundo en su regazo. Ella posee dones de caridad y amor que se extienden al prójimo ecuménico y la separación del vástago ha convertido a la madre en una protectora de los desamparados. Su muerte afectó mucho al poeta porque el “hogar quebrado” aumenta el vacío y la orfandad del sujeto lírico. Ese malestar se ve reflejado en las cartas y versos del poeta universal. Así la ausencia de la madre le produce angustia y asfixia:

Madre, y ahora! Ahora, en cuál alvéolo/ quedaría, en qué retoño capilar,/ cierta migaja que hoy se me ata al cuello/ y no quiere pasar... (p.133)

Vallejo nunca se olvidó de la madre, la casa y su tierra, los inmortalizó en sus escritos, rememorando el espacio infantil donde la madre se relaciona con el afecto y la nutrición del alma. Ella es la hostia sagrada y el pan que lo nutrió desde niño en su querida casa-fogón de Santiago de Chuco. La madre es todo para el sujeto lírico vallejiano y la eternizará en la página en blanco, porque como dijo David Laraway, en el horno universal donde el amor y la solidaridad son los ingredientes del maná espiritual:

La masa de pan que se nos quema en la puerta del horno se ha convertido ya en una masa humana, colectiva, que incluye a todos nuestros hermanos y hermanas en todo el mundo. Y así, el poeta más solitario que nadie, se convierte en el poeta universal que celebra una esperanza que nos une a todos. (2013)

De acuerdo con Danilo Sánchez Lihón (2014) “Vallejo vence a la muerte, en “Masa”, mediante la hermandad de todos los hombres, haciendo un ruego unánime y al unísono. Ese es el pan moral, es el pan de amor. Ese pan es el que compartimos en Capulí”.

Conclusiones

El hogar/fogón de la familia nuclear en Vallejo, es sinécdoque del hogar/fogón mundial. La casa de la infancia se inmortaliza y se recrea en el autor de *Poemas humanos*, haciendo un empalme con la familia amada que trasciende a la casa-fogón universal de la humanidad.

La poesía de Vallejo refleja todos sus anhelos y la enjundia de esta, gira en torno a su hogar, a su tierra natal y a su prójimo ecuménico.

El alimento físico y espiritual es fundamental en la fusión del hogar y la familia en César Vallejo, y la madre aparece como un elemento clave conectado con la comida. Ella es una pieza imprescindible al tener en cuenta que el autor de *Trilce* es un poeta de horno y de familia.

La madre es la esencia del hogar, la mujer que alimenta física y emocionalmente. Vallejo siempre recordó a su madre, a su casa y a su tierra, y los inmortalizó en sus escritos, rememorando el espacio infantil, donde la madre se relaciona con el afecto y la nutrición del alma.

Recibido [30/05/2015] Aceptado [19/07/15]

Referencias

- Alvarado, A. (seis de mayo de 2014). *Poeta de fogón* (Blogspot). Recuperado de <http://nalochiquian.blogspot.pe/search?q=Poeta+de+fog%C3%B3n>
- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Basadre, J. (2003). Un poeta peruano. *Ajos & Zaphiros*, 5. 213-216.
- Carli, S. (2011). *La memoria de la infancia. Estudios sobre historia, cultura y sociedad*. Buenos Aires: Ediciones Paidós SAICF.
- Espejo A. (1968). *César Vallejo: Itinerario del hombre*. Lima: Juan Mejía Baca.
- García, M. (2014). *Casa y madre nutricia en la obra de César Vallejo. Actas del Congreso Internacional Vallejo Siempre*. (Ed.), Gládys Flores Heredia. Lima: Editorial Cátedra Vallejo.
- Higgins, J. (1988) *Alienación urbana y crisis existencial en Trilce XLIX de César Vallejo. Encuentro con Vallejo. Comisión Conmemorativa del Centenario del Nacimiento de César Vallejo*. (Ed.), Washington Delgado Tresierra y Comisión. Lima: UNMSM.
- Izquierdo Ríos, C. (1972). *César Vallejo y su tierra*. Lima: Talleres Gráficos P. L. Villanueva S.A.
- Laraway, D. (2013). *Discurso por el XI Aniversario del IDEV*, USA: Utah
- León Ordoñez, Z. (1981). *Presencia del hogar en la poesía de César Vallejo*. Cajamarca: Ediciones de la Dirección de Investigación y Proyección Social de la Universidad Nacional de Cajamarca.
- Paoli, R. (1969). El hogar en *Trilce*. *Anuario de Filología. Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de Zulla*. 8-9, 213-221.

Quispe Sánchez, M. (1999). *Chuco eterno. Remembranzas*. Callao: Instituto del Libro y la Lectura, INLEC.

Rodríguez Rivera, G. (1988). *La elegía familiar de los heraldos negros a Trilce. Encuentro con Vallejo. Comisión Conmemorativa del Centenario del Nacimiento de César Vallejo. (Ed.)*, Washington Delgado Tresierra y Comisión. Lima: UNMSM.

Sánchez Lihón, D (2014). *Capulí, Vallejo y su tierra* (entrevista inédita realizada a Elena Reyes Barreto)

Sánchez Lihón, D. (2014). *Intensidad y altura en César Vallejo. (Prol.)*, Mara L. García. Callao, Perú: Instituto del libro y la lectura.

Sánchez Lihón, D. (s.f). *Las cartas no habidas de Vallejo*. Recuperado de http://letras-uruguay.espaciolatino.com/aaa/sanchez_lihon_danilo/las_cartas_no_habidas_de_vallejo.htm

Vallejo, C. (1988). *Poesía completa. (Ed.)*, Raúl Hernández Novás. La Habana: Centro de Investigaciones Literarias Casa de las Américas.

Diseño provisional